

Don Elías Santos Abréu (1856-1937)

Por Manuel HENRÍQUEZ PÉREZ

Ambientación

El siglo XIX alcanza la mitad en su devenir temporal. Las Islas Canarias constituyen una sola provincia de España, cuyas marejadas políticas, revoluciones y pronunciamientos militares apenas turban el retiro silencioso del Archipiélago.

La isla de La Palma da a luz por esta época a un período muy interesante, de efectos trascendentes, de su historia; se trata de un verdadero renacimiento cultural, extendido a toda clase de manifestaciones espirituales. Este movimiento estaba informado, en parte, por un notable autodidactismo, impuesto necesariamente, dado el aislamiento geosocial de las Canarias.

Entre las personalidades vigorosas que surgen se encuentran: don Manuel Díaz, beneficiado de El Salvador, patriarca de esta larga y variada familia de intelectuales palmeros; representa la imaginaria religiosa, la oratoria y la música sagradas, todo ello guiado por su casi legendaria caridad. Fernández Ferraz, que encarna la enseñanza, llevada dignamente a tierras americanas. Méndez Cabezola, político de altura, creador y promotor infatigable de entidades culturales, introduce la novedad isleña del periodismo organizado. Rodríguez López, exuberante y prolífico, es el poeta del romanticismo palmense, llegado tardíamente a sus playas. Don Victoriano Rodas, maestro, escritor y hábil dibujante,

violinista y compositor, es la variante musical por excelencia de esta galería de hombres ilustres, incrementada por miembros destacados de la familia Henríquez. González Méndez —aunque su filiación palmera aparezca un tanto desdibujada, como sucede con Pérez Galdós respecto a Gran Canaria— personifica la pintura, con los valores ecuménicos y eternos de sus retratos.

La figura de Santos Abréu, aparecida hacia finales del siglo, supone el aspecto científico de este despertar gozoso de La Palma. Los óptimos frutos de su labor se producen ya en pleno siglo actual.

En su vida existen, a nuestro juicio, dos hechos fundamentales. Un momento clave: la publicación de *Nociones de enfermedades de la piel*. Y un punto culminante: la obtención del premio «Agell».

Alrededor de estos hilos conductores vamos a entretejer, al intentar reconstruirla, la malla de su proceso vital.

I

Don Elías Santos Abréu nació el 1.º de mayo de 1856 en la entonces villa de Los Llanos (isla de La Palma), donde transcurrió su infancia. Fueron sus padres don Domingo Santos Lorenzo, natural de dicha villa, y doña Carolina Abréu Pérez, de Santa Cruz de La Palma.

No fue nuestro biografiado un «niño prodigio»; no se manifestaron precozmente en él las aptitudes extraordinarias que después habría de revelar para las ciencias naturales. En lo único que sí se mostró claramente Santos Abréu como futuro investigador fue en su insaciable sed de aprender. A los seis años de edad ingresa en la única escuela elemental que existía en el pueblo, de donde pasa muy pronto a otra superior que a la sazón se había creado. En ambas hace rápidos progresos, entregándose por entero a esa ansia exaltada de saber.

Posee la materia prima: una inteligencia excepcional; en este receptáculo natural y privilegiado se van acumulando datos, observaciones y experiencias que, con el tiempo y tras un labo-

rioso proceso de sedimentación y reelaboración, darán trabajos espléndidos para gloria de La Palma y de las disciplinas a que dedicó todo su fervor. Los rudimentarios conocimientos que pudieron proporcionarle sus primitivos maestros hieren amorosamente su inteligencia virgen, y en una recreación íntima, secreta, don Elías, iluminado, entrevé, como en un sueño maravilloso, vastas posibilidades, empresas a acometer, cual caballero andante desencantador de verdades científicas.

Todavía en los umbrales de su adolescencia abandona por vez primera la Isla, al marchar a la ciudad de La Laguna (Tenerife), donde cursa los estudios de bachillerato. En una transición brusca, sin soluciones graduales, el aguilucho, en su afán de vuelo, pasa del ambiente rural de Los Llanos al de la docta ciudad de los Adelantados. En unas horas todo se transfigura: el caserío esparcido cordialmente por el risueño valle de Aridane, cobijado por un bendito cielo azul como las encendidas ilusiones del joven estudiante, se ve sustituido por la tristeza cerrada, teñida del gris de sus implacables nubes, de la mitad monjil, mitad doctoral ciudad lagunera.

Pero la adaptación no pudo ser difícil. Dado el espíritu austero, introspectivo de Santos Abréu —que lo caracterizó siempre—, es seguro que pronto se encontró a gusto en el paisaje recoleto y silencioso de aquella antigua capital de Canarias. Es más: lo que don Elías pretendía al trasladarse a la vecina isla lo consigue brillantemente. En el Instituto Provincial hace el bachillerato con una facilidad asombro de profesores y compañeros.

El 14 de junio de 1875, a los 19 años de edad, obtiene el grado, con nota de sobresaliente.

II

Ya es nuestro protagonista bachiller. Con su flamante título, sancionado por la máxima calificación, ha cubierto la primera etapa de su vida.

Después de un breve verano pasado con su familia, movido de la vocación médica, en el mismo año de 1875 se dirige a

Sevilla, en cuya universidad gana, al cabo de cuatro años de estudio intensivo, la licenciatura de Medicina y Cirujía, nuevamente con nota de sobresaliente.

El 27 de junio de 1879 ve don Elías satisfecha su más inmediata aspiración: ser médico, quizás la más noble, heroica y hermosa de las profesiones, junto con la sacerdotal; no en vano las atribuciones del uno han de extenderse con frecuencia al campo del otro, complementándose necesariamente.

En esa época universitaria de Sevilla comienza ya Santos Abréu a dar pruebas fehacientes de su preparación única; la semilla calurosamente cuidada fructifica. En el periódico «El Eco Médico de Sevilla» publica varios ensayos de estudio, entre ellos, *Nociones de enfermedades de la piel*, que llama en seguida la atención de teóricos y facultativos, hasta el punto de que su profesor de Dermatología aprovechó dicha publicación para las conferencias de clase. Este episodio es altamente significativo, habla muy alto de la categoría intelectual de nuestro biografiado y nos ofrece un *avant-goût* de lo que llegará a ser más tarde. El gozo moral que este momento tuvo que producirle fue implícito, no ostensible. En su modestia, en su introversión vital, que con el transcurso de los años se acentuó más y más, no podía hacer al exterior partícipe de sus reacciones, tanto si eran de alegría, como de dolor.

Detengámonos un poco a meditar en la importancia que tiene la referida publicación de esas *Nociones* en la vida de Santos Abréu. El orden jerárquico lógico, tradicional, de los valores humanos queda trastocado en virtud de la bondad intelectual del joven universitario: el profesor utiliza materiales ordenados, sistematizados, no por un compañero ni por una autoridad consagrada, sino por un alumno de veinte años, procedente de las lejanas y entonces casi desconocidas islas españolas del Atlántico. ¡Cuánto hubo de significar para don Elías este legítimo triunfo, más que por su contenido material; por lo que simboliza y predice para el futuro del sabio! Casi solitario en Sevilla, desvinculado por el tiempo y la distancia de su tierra natal —las Canarias estaban mucho más apartadas de la Península que hoy—, esta primera victoria científica vino a hacerle dulce compañía.

Terminados sus estudios, el licenciado de veinte años regresa

a La Palma y se establece en Los Llanos. Allí ejerce su profesión durante un trienio, pues a principios de 1882 hace viaje a Cuba, con el fin de visitar a su padre, ausente en aquella isla, aún española. En diciembre del mismo año vuelve a La Palma. Parece como si presintiera que en ella le esperan grandes tareas que realizar, vírgenes de toda actividad humana. La isla patria le atrae con llamada impaciente y misteriosa para ofrendarle el tesoro de sus flora y fauna más diminuta, aún por estudiar y clasificar.

Don Elías Santos se establece definitivamente en Santa Cruz de La Palma, capital de la isla, y en poco tiempo se crea una nutrida clientela, procedente de todos los estratos sociales. Los pacientes, ganados por sus aciertos, cuyo eco se propagó velozmente, y por la novedad de métodos y tratamientos del joven médico, acudían a su consulta en demanda de curación y de las palabras reconfortantes del galeno, que llevaban al ánimo del enfermo la confianza expectante en el éxito.

En la misma ciudad capital formó una familia, al contraer matrimonio, en 1886, con doña María del Rosario Rodríguez Pérez, de una poderosa casa de armadores y comerciantes, compañera cariñosa y comprensiva, a quien Dios, generosamente, le ahorró el dolor de presenciar impotente la partida eterna de su esposo, acogiéndola en su seno antes que a aquél. De este matrimonio nacieron ocho hijos, de los que los varones se orientaron rápidamente hacia el camino de las ciencias.

No satisfecho Santos Abréu con el empleo de medicamentos y métodos curativos, en su deseo de ahondar más en la etiología de las enfermedades infecciosas e infecto-contagiosas, y adelantándose genialmente a la concepción actual del análisis clínico como medio esencial para el establecimiento de diagnósticos, organizó en 1892 un pequeño laboratorio bacteriológico, primero que se conoció en La Palma.

III

Normalizada su vida profesional, acomete don Elías la empresa tan ardiente y largamente esperada, acariciada con ilusión en

los momentos de descanso de La Laguna y Sevilla. La entrega fue total, agotadora para otra naturaleza que no fuera la suya.

Aplicó las privilegiadas y pacientes cualidades de su cerebro al estudio de la flora del Archipiélago; así llegó a formar un interesante herbario compuesto por todas las especies indígenas.

Pero sus atenciones preferentes se dirigieron al terreno zoológico, más concretamente, a la entomología, *desideratum* de su labor. Simultaneó el estudio botánico con el de los insectos y, a tal fin, recorrió la isla nativa en múltiples y laboriosas excursiones; escudriñó palmo a palmo hasta los rincones más apartados, desde las costas hasta las elevadas montañas, en una búsqueda incesante, tenaz, de esos pequeños seres, piedras vivas, más preciosas para el sabio que todos los diamantes del mundo.

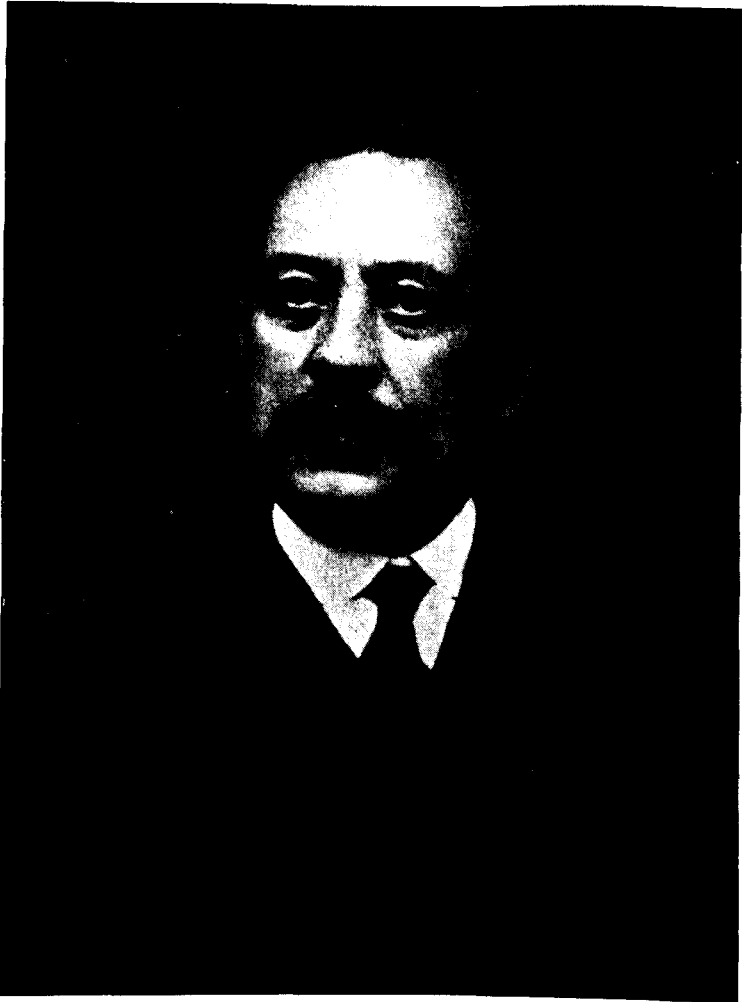
Era éste, como se comprenderá, un trabajo de años, pero ¡con cuánto amor buscaba don Elías! Exigió a montes y playas, colinas y valles, matorrales y descampados que le revelaran sus secretos, entregándole sus minúsculos habitantes; y regresaba de cada excursión con los preciados trofeos de nuevos y raros ejemplares, ganados en científica lid con la naturaleza.

Al cabo del tiempo reunió, ordenó y clasificó ejemplares de gran variedad, pero dedicó especial atención a los dípteros. De ellos hizo un concienzudo y exhaustivo estudio, al recoger gran número de especies y hallar entre ellas muchas que eran desconocidas hasta aquel momento para la ciencia. Sus investigaciones y descubrimientos tomaron forma literaria en sus anotaciones, que él llamaba *Apuntes para el estudio de los dípteros de las Islas Canarias*.

IV

Y llega la plenitud de los tiempos para la consagración oficial de Santos Abréu como sabio entomólogo. A base de sus cuadernos de apuntes, ampliados y ordenados conforme a un riguroso plan científico-expositivo, redacta la memoria titulada modestamente por el autor *Ensayo de una monografía de los tendipéndidos de las Islas Canarias*, con la que obtiene el premio «Agell»,

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA



Don Elías Santos Abréu

Foto hecha a raíz de la concesión del Premio Agell



Don Elías Santos Abréu

Obra del escultor don José Felipe Hidalgo, - Museo de Historia Natural de "La Cosmológica", Santa Cruz de La Palma

que para estos temas tenía establecido la Real Academia de Ciencias y Artes, de Barcelona, correspondiente al año 1916.

El trabajo callado y paciente de largos años recibía así el reconocimiento público y oficial y, con él, la fama indiscutible para el sabio investigador de sesenta años de edad. El nombre de La Palma, por gracia de uno de sus hijos más ilustres, adquiere de esta manera resonancia en todo el ámbito nacional. Ya veremos cómo esta universalidad de la figura de Santos Abréu se extiende fuera de España.

El 24 de febrero de de 1917, la citada Academia le designa Miembro Correspondiente, con derecho a que se le publiquen, a expensas de dicho organismo, las demás obras que escriba. Iniciado el camino con la memoria premiada, los sucesivos trabajos brotaron de la pluma de don Elías, puesta al servicio de su inteligencia, con una continuidad fecunda, como se deducen lógicamente las consecuencias de una premisa fundamental. La obra premiada se publicó en enero de 1918.

Eran ingentes los materiales acumulados por Santos Abréu en años de búsqueda constante e infatigable, máxime si tenemos en cuenta el considerable número de monografías que dejó sin publicar, cinco de ellas incompletas. Unas y otras esperan, un poco como el arpa becqueriana, la llamada catalogadora de obras póstumas, mediante terminación de las inacabadas y publicación de todas por quien pueda hacerlo con la precisa autoridad. Cada una de estas monografías puede ser una magnífica tesis para el doctorado en ciencias naturales. A pesar de lo árido de su temática, poco propicia a los desarrollos imaginativos, su forma literaria tiene una clara y elegante corrección.

V

No termina ahí la trascendencia de los descubrimientos de Santos Abréu.

Varios naturalistas, en atención a su labor científica, le dedican ciertas especies nuevas, de Canarias, por ellos estudiadas.

El célebre naturalista español don Ignacio Bolívar, en 1926, y

ante la inminente publicación de una pequeña obra sobre ortópteros de este Archipiélago, le escribía: «Entre las especies que figurarán en esta obrita, se encuentra un bonito grillo, que he bautizado con el nombre de V., como justo homenaje a su labor entomológica que lleva adelante con tanta constancia y que es de tan gran valor científico». El Dr. Torres Mínguez, en sus *Notas Malacológicas*, del año 1928, da el nombre de *Amalia santosi* a una especie de molusco pulmonado desnudo que Santos Abréu había encontrado en La Palma y le había enviado para su estudio.

Esta incorporación al mundo zoológico de los ejemplares hallados por nuestro biografiado, este bautismo con su nombre de sus hijos científicos —no en balde él los trajo a la vida de la ciencia—, no se da solamente en España. Sus escritos traspasan las fronteras nacionales, y así el abad O. Parent, de Aire-sur-la-Lys, Pas de Calais (Francia), sabio especialista en *dolichopodidos* (dípteros), en 1929 estudia y clasifica con el nombre de *Hercostomus santosi* una especie de dicha familia, también descubierta en La Palma por Santos Abréu y remitida al referido abad.

Aún hay más: el área de apreciación de su figura y aportaciones científicas se extiende a tierras todavía más distantes de su isla. En el año 1927, el eminente doctor de fama internacional H. Schmitz, S. J., profesor de Biología y Filosofía Natural del Colegio de San Ignacio, en Valkenburg (Holanda), le propone hacer, conjuntamente, una revisión de su monografía de los *Phoridos* de las Islas Canarias. Tal proposición es gustosamente aceptada por don Elías, y en 1934 se edita dicha obra revisada, en lengua latina, en Helsingfors (Finlandia), con el siguiente título: *Catalogus Phoriadarum Canariensium, autoribus Dr. Med. E. Santos Abreu et Dr. Phil. nat. H. Schmitz, S. J.*

VI

Hasta aquí hemos tratado la personalidad de don Elías Santos Abréu en sus aspectos de sabio entomólogo —perfil esencial y universal de su genio— y de médico. Pero su inteligencia y su actividad ininterrumpida, prueba de una vitalidad impar, son polifacéticas.

Existe, además, un Santos Abréu músico, literato, dibujante y conocedor de idiomas, del que es preciso hablar, aunque sea someramente.

Fue don Elías durante toda su vida muy amante de la música. De niño, ya tocaba el flautín en la banda de aficionados que existía en Los Llanos. Más tarde, en su juventud, se reveló como un buen guitarrista, que llegó a interpretar obras difíciles en este instrumento de tradicional estirpe española. Al poco tiempo de fijar su residencia en Santa Cruz de La Palma —hacia 1883—, se funda en dicha ciudad una Sociedad Filarmónica; Santos Abréu es designado director de la orquesta que se constituye, cargo que ostenta mientras esa entidad instrumental vive. Al frente de ella realiza una meritoria labor de difusión musical y, con ello, el nivel cultural de la capital de la Isla adquiere un gran impulso. Hemos tenido ocasión de consultar varios programas de los conciertos de la referida orquesta, que plasman la preocupación de su director por ofrecer a sus auditorios, dentro, claro está, de la relativa modestia de medios técnicos y de los gustos de la época en una ciudad pequeña, versiones musicales de calidad.

Su actividad en el campo de la música fue completa, pues abordó también la composición. Colabora con el poeta Rodríguez López al poner música a dos sainetes líricos de éste, titulados *Don Pantaleón* y *Los dos antifaces*, el segundo estrenado por una compañía lírica que actuaba entonces en la ciudad. Además, compone una *Loa a la Virgen de los Remedios*, de Los Llanos, con versos del mismo poeta; otra a la Virgen de Bonanza, de El Paso, y varias danzas características para las Fiestas Lustrales en honor de Nuestra Señora de Las Nieves, en colaboración con el poeta festivo don Domingo Carmona; todo ello aparte de muchas piezas de salón (valeses, polkas, mazurcas) para piano.

Sus conocimientos de la técnica musical, como es lógico, no podían ser muy amplios, pero una intuición feliz llenaba las lagunas existentes. Bástenos decir que si en la ciencia Santos Abréu se manifiesta como un verdadero sabio, en la música lo hace como un ingenio fácil y brillante, ya que convirtió esta arte en su violín de Ingres.

Asiduo colaborador en los diarios locales, su obra literaria pura, que comprende ensayos, artículos, discursos, conferencias, leyendas palmeras, etc., se halla dispersa en la prensa de la época.

* * *

Era Santos Abréu, además, excelente dibujante, hasta el punto de ser siempre elogiadas las bellas láminas que ilustraban sus monografías, por la comisión de publicaciones de la Academia de Ciencias y Artes barcelonesa.

Dominaba el latín y conocía el francés y el alemán. Este último idioma lo estudió casi sin maestro, estimulado por el deseo de traducir algunas obras científicas alemanas, especialmente las referentes a insectos, que —decía— eran insuperables e insustituibles en su género.

En resumen: la capacidad creadora y de estudio de este hombre ilustre es pasmosa. Una voluntad férrea y un vigor físico excepcional, puestos al servicio de su inteligencia señora.

* * *

La grandeza de su personalidad atrajo sobre él la gloriosa pesadumbre de cargos, distinciones, honores y condecoraciones. La Palma, la Península y el extranjero contribuyen a rodear a don Elías de esas satisfacciones que él apreciaba modestamente, como justo reconocimiento a sus indiscutibles méritos científicos.

VII

Era hombre de carácter austero y poco comunicativo, señal de una vida interior muy intensa. Su presencia imponía inmediatamente respeto cariñoso y admiración profunda; de su persona emanaba, sin afectación, ese algo imponderable que distingue al sabio.

Todo es extraordinario en él: su capacidad de trabajo, su producción monográfica, la variedad de asuntos que abarcó literariamente, el ejercicio de la medicina y de la dirección orquestal, que alterna con la composición musical; incluso, un dominio total de las emociones, de las pasiones, como la vanidad, innata en el

ser humano, que Santos Abréu supo aherrar en lo más hondo de su conciencia.

Sus estudios especializados le llevaron a la conformación de una filosofía teñida de panteísmo, alejada de todo principio escolástico. Liberal en ideas políticas, nunca las llevó al desagradable terreno práctico, ni siquiera polémico. Quisiera o no, su destacada figura tuvo que formar en los movimientos culturales y filosóficos de aquel período histórico que le tocó vivir, tuvo que participar *in mente* de unas inquietudes espirituales que, como todo fenómeno de nuevo signo, se extendieron al campo de las especulaciones científicas. Los eternos interrogantes de la vida y de la muerte se alzaron frente a él, rodeados de las doctrinas que antaño, como hogaño, pretendieron estérilmente resolver las suprahumanas incógnitas; y, al fin y a la postre, seguramente tras lucha terrible, intelectualmente agotadora, la mente superior de don Elías descansó en Dios, creador y guardián celoso de estos altos secretos donde se condensa la esencia del mundo.

Con todo, su altura intelectual, la pureza de su actitud viril, sin mácula de mezquindades ni de perjuicios de mala fe, vulgares o pueriles, lograron la armonía de una convivencia perfecta en la sociedad, con gentes de todos los estados, creencias e ideologías.

De otra parte, y a pesar de su ordinario hermetismo, su opinión se hizo oír en momentos dolorosos para las Islas Canarias: la demanda de auxilio, por medio de la prensa, para los habitantes de Fuerteventura, reseca y hambrienta, es buena muestra de ello. Su preocupación por los problemas humanos y por el porvenir isleño se hace patente en su labor médica continua y en su artículo periodístico sobre el incendio de los montes de Garafía.

VIII

El conjunto físico de Santos Abreu respiraba fortaleza y vitalidad exuberantes. Era de estatura mediana; color moreno claro; ojos grandes, oscuros; frente despejada y boca un poco alargada; cuerpo robusto, con las espaldas un tanto encorvadas, producto, quizás, de la índole de sus trabajos, de su inclinación continuada

sobre el microscopio, sobre la carne doliente de sus enfermos, sobre la tierra en sus búsquedas entomológicas. Su paso era menudo y más bien rápido. En su juventud llevó barba corta y bigote; más tarde hizo desaparecer la barba, pero conservó el bigote hasta su muerte. Aditamentos imprescindibles de su persona eran sombrero negro y bastón, que usaba solamente para andar por la ciudad, como un objeto de adorno.

En don Elías hubo dos vidas, si no opuestas, sí distintas: la pública de la cotidiana consulta en su despacho, la de su núcleo de amistades cuya intimidad, dado su carácter, tuvo que ser limitada en cantidad y calidad; la de conferencias, actuaciones musicales y festividades conmemorativas. Y la profundamente privada, encerrado en su casa, ensimismado en las tareas científicas, rodeado de sus colecciones de insectos, de sus notas y fichas, de sus libros de consulta. Este último es el aspecto más interesante y perdurable de su personalidad; es aquí donde está el sabio, con su torre de marfil tachonada de esas miniaturas vivientes de la entomología.

* * *

Para la generalidad de las gentes se mostraba don Elías serio, parco en palabras; pero en la intimidad era, casi siempre, jovial y bromista. Estaba dotado de un sentido finísimo del humor. Sus anécdotas, llenas de esa gracia inimitable que parece ser prerrogativa del palmero (algún día debe escribirse la historia de la antiquísima y hoy desaparecida «institución» de La Mueca), son innumerables.

Habitualmente era hombre reposado; sin embargo, a veces tenía explosiones violentas de carácter que, afortunadamente, duraban poco. Se indignaba cuando tenía que visitar a un enfermo al que había reconocido varias veces en el término de escasas horas; pero, generalmente, calmada la tempestad —su bondad podía más que la incidental iracundia—, a los pocos minutos salía a la casa del fastidioso paciente. A pesar de que en sus últimos años de lucidez se sentía agotado por la edad y la tarea realizada en su fructífera vida, nunca desoyó, aún en las horas más intempestivas, la angustiada voz de una parturienta que le llamaba junto a su lecho.

A falta de los modernos medios de locomoción, durante la casi totalidad de su vida profesional tuvo que vistar a sus enfermos a pie. En cualquier época del año, hiciera frío o calor, viento o lluvia, se le podía ver recorrer pacientemente las pinas calles de la ciudad, en ejercicio de sus deberes humanitarios. En el invierno, cuando la lluvia era abundante, empleaba en sus salidas unas botas altas, de goma, que le alcanzaban las rodillas, y un buen impermeable.

No se lucró con su profesión. A pesar de que su clientela era la más extensa y variada de la capital, pues a él acudían enfermos de todos los estratos sociales y de casi todos los pueblos de la Isla, rara vez pasaba cuenta de sus honorarios; cobraba lo que voluntariamente le abonaban.

Hombre muy metódico, tenía perfectamente distribuidas las horas del día. Siempre fue madrugador; en su juventud y madurez abría la consulta a las ocho y media de la mañana. A las diez en punto almorzaba. Seguidamente, salía a visitar sus enfermos; al regreso, hacía un rato de lectura, paseando. Rara vez se le veía sentado; incluso las tertulias con sus amigos se desarrollaban en este plan peripatético. A las cinco de la tarde cenaba, y después iba a la casa de algún amigo, como eran don Manuel Abréu Lecuona, médico también, y don Miguel de Sotomayor. Como remate de cada jornada estaba, indefectiblemente, el ensayo de la Orquesta Filarmónica, mientras la misma existió; terminado éste —diez de la noche—, regresaba a su hogar. Al disolverse la Orquesta, continuó la tertulia con sus amistades, hasta que la muerte la truncó inevitablemente, hacia principios del siglo. Le quedó otra tertulia: la de la rebotica de don Blas Hernández Carmona, donde se reunían muchos personajes, entre ellos don Fernando y don Sebastián Arozena, don Manuel Luján, don Leopoldo y don Luis Pereyra, don Miguel Castañeda, don Eugenio Carballo y otros.

Andando el tiempo, las horas de las comidas sufrieron alteraciones; las costumbres sociales evolucionaban y había que adaptarse a ellas, aunque las demás suyas particulares siguieran inalterables. Por entonces, después de cenar y antes de salir, disfrutaba de una velada musical a cargo de sus hijos mayores, que interpretaban al piano, a cuatro manos, oberturas y fantasías de las obras en boga.

En su juventud fue un excelente jinete; luego se convirtió en un gran andarín. Todas las excursiones minuciosas a través de la Isla las efectuó a pie. Como en sus primeros tiempos era muy aficionado a la fotografía, en sus salidas llevaba consigo la correspondiente cámara; de este modo captó los lugares más bellos y pintorescos de La Palma; él mismo revelaba las placas, que pasaba al papel también personalmente.

Con frecuencia iba de pesca, pretexto tras el cual se ocultaba el verdadero objetivo de estas salidas marítimas: mientras los amigos, marinos pescadores, se dedicaban a su tarea, él saltaba a tierra y buscaba afanosamente insectos en la playa, pues sabía que determinadas especies de dípteros sólo viven en las costas. Gran fumador de cigarros puros, se le veía con frecuencia en compañía de los pescadores, con los que sostenía largas charlas, interferidas por bocanadas espesas de humo.

Incondicional amante de la naturaleza, todos los veranos marchaba a su finca de La Dehesa de la Encarnación, donde pasaba los calores estivales. Estos meses los disfrutaba con un entusiasmo que le remozaba; entonces sólo se trasladaba a la ciudad cada tercer día, para atender su consulta; el resto de la semana lo compartía entre ascensiones a los montes, a la caza de insectos —que se hicieron menos frecuentes a partir de 1916—, y la redacción de sus monografías. Casi todas ellas fueron escritas en La Dehesa. Pero los *Apuntes para el estudio de los dípteros* los escribió lentamente en su despacho, entre visita y visita de sus clientes; sobre la mesa del microscopio tenía las cuartillas siempre preparadas.

Sentía Santos Abréu gran cariño por los árboles; quién los maltratara se convertía automáticamente en su enemigo irreconciliable. Conocía con detalle todos los bosques de la Isla, y en sus frecuentes excursiones a los mismos se extasiaba en la contemplación de la naturaleza botánica en plena y solemne libertad. Cuando sabía de alguna matanza en masa de los montes, se encendía en santa, justa ira.

Otro de sus grandes amores fue La Palma. Después de su regreso del viaje a Cuba, solamente volvió a salir de la Isla en mayo de 1894, fecha en que se trasladó a la de La Gomera con objeto de visitar a su tío, el presbítero don Elías Santos Loreenzo,

párroco del pueblo de Agulo; aprovechó la ocasión para recoger plantas e insectos de dicha ínsula. La Palma era para él la región más hermosa, más interesante del mundo. Esta apasionada entrega al terruño puede explicarnos su vida constante en la insularidad palmera. Varios naturalistas que le trataron personalmente expresaron su opinión de que este hombre, si hubiese vivido en otro medio cultural y científico, donde hubiera tenido a su alcance todo lo necesario para desarrollar sus privilegiadas facultades, habría producido mayores cosas todavía.

* * *

Ese dominio total de sus nervios y emociones que hemos ya señalado, esa formación casi ascética de su sicología, le impedían demostrar sus sentimientos y afectos de forma efusiva; por ello aparentaba frialdad e indiferencia. Pero era sumamente cariñoso, no ya con su familia, a la que veneraba, sino con los particulares. En los trances amargos de su existencia se le transparentaba la lucha por mantener la serenidad y la presencia de ánimo; mas, algunas veces, la resistencia quebró como cristal herido por relámpago doloroso, y entonces las lágrimas llegaban a brotar de los ojos de este varón fuerte e ilustre.

En sus últimos años, desgastado el cerebro por el intensivo trabajo de su gloriosamente fecunda vida, sufrió un proceso de locura senil, con origen somático en esclerosis arterial. En virtud de esta cruel y larga enfermedad, quedaron inacabadas interesantes monografías.

El 30 de marzo de 1937, a los 81 años de edad, se extinguió definitivamente la existencia del ilustre sabio; para la ciencia, su autorizada voz hacía tiempo que se había perdido.

IX

Hoy, colocados ya en la necesaria perspectiva histórica, podemos enjuiciar la vida de don Elías Santos Abréu como la de un sabio, sin duda alguna, sin que quede en esta afirmación la menor señal de hipérbole.

Esta conclusión a que hemos llegado al término de su biografía, donde sólo hemos recogido sus rasgos principales, no es gratuita; se halla sólidamente asentada en las bases constituidas por sus estudios de entomología. Uno solo de ellos hubiese bastado para calificarlo inmediatamente. Su nombre, unido a su obra, tiene categoría y resonancia universales en el campo de sus estudios; sus trabajos fueron apreciados en seguida en su justa importancia, apenas conocidos por sus colegas nacionales y extranjeros. Pero, como los buenos caldos, su labor engrosadora de la ciencia de los insectos adquiere mayor calidad a medida que pasan los años. El hecho de que el nombre de Santos Abréu se pronuncie con respeto por los naturalistas de varias naciones; la aparición de sus apellidos en tratados, citas y bibliografías de la materia; la existencia de moluscos y dípteros que tienen por nombre específico su primer apellido, son factores que constituyen un legítimo timbre de orgullo para La Palma.

La Isla le vio nacer, triunfar y morir; le brindó su inmensa cuna, el espacio cordial para sus descubrimientos y la tierra acogedora de su tumba. En el panteón familiar de Santa Cruz de La Palma reposa lo finito, caduco y perecedero de su ser, ya que su espíritu genial se transmite de boca en boca a través de las generaciones y ha quedado perpetuado gráficamente en su obra. La Palma, con impulso y desprendimiento maternales, le dio todo cuánto pidió y obtuvo; Santos Abréu, buen hijo agradecido a tanta bondad, no quiso apartarse jamás de ella, y devolvió con creces lo que había recibido, al enaltecer con su vida ejemplar el nombre de la Isla patria.

APÉNDICES

I

LA OBRA

a) Monografías publicadas:

- 1.—*Fungivoridos*. Febrero de 1920. Real Academia de Ciencias y Artes, Barcelona. 151 págs. 27×20 cms. y dos láminas.

- 2.—*Phoridos*. Mayo de 1921. R. A. C. A., Barcelona. 86 págs.
27×30 cms. y 1 lám.
- 3.—*Melusinidos*. Marzo de 1922. R. A. C. A., Barcelona. 45 págs.
27×20 cms. y 1 lám.
- 4.—*Limonidos* Agosto de 1923. R. A. C. A., Barcelona. 129
págs. 27×20 cms. y 4 láms.
- 5.—*Syrphidos*. Diciembre de 1924. R. A. C. A., Barcelona. 144
págs. 27×20 cms. y 4 láms.
- 6.—*Tipulidos*. Marzo de 1926. R. A. C. A., Barcelona. 18 págs.
27×20 cms. y 1 lám.
- 7.—*Bombylidos*. Diciembre de 1926. R. A. C. A., Barcelona. 65
págs. 27×20 cms. y 1 lám.
- 8.—*Dolichopodidos*. Mayo de 1929. R. A. C. A., Barcelona. 120
págs. 27×20 cms. y 2 láms.
- 9.—*Psychodidos*. Agosto de 1930. R. A. C. A., Barcelona. 36
págs. 27×20 cms. y 1 lám.

b) Monografías inéditas y completas:

- 1.—*Anthomyidos*.
- 2.—*Stratiomyidos*.
- 3.—*Clythiidos*.
- 4.—*Therevidos*.
- 5.—*Dorylaidos*
- 6.—*Erinnidos*.
- 7.—*Omphralidos*.
- 8.—*Bibionidos*.
- 9.—*Asilidos*.
- 10.—*Rhagionidos*.
- 11.—*Lycoriidos*.

c) Monografías inéditas e incompletas:

- 1.—*Trypetidos*.
- 2.—*Sepsidos*.
- 3.—*Empididos*.
- 4.—*Tachinidos*.
- 5.—*Muscidos*.

d) Varia:

1.—*El alambre*, artículo publicado en «Diario de Avisos», de Santa Cruz de La Palma, de fecha 17 de junio de 1893, dedicado a la inauguración del telégrafo entre dicha ciudad y las villas de Los Llanos y El Paso.

2.—Trabajo leído en el reparto de premios de la Exposición Laboral de la Mujer, organizada por la Sociedad Económica de Amigos del País, con motivo de las fiestas del cuarto centenario de la conquista de La Palma. 1893.

3.—*La Prensa*, artículo publicado en el número 1 del periódico «El Dinamo en Aridane», de fecha 2 de julio de 1894.

4.—*La pared de Roberto*, leyenda palmera, de 1900, publicada por tercera o cuarta vez en «Las Canarias», de Madrid, de fecha 31 de agosto de 1928. Sabemos que la leyenda fue escrita por don Elías a finales del siglo pasado, pero ignoramos en qué periódico se publicó originalmente, aunque creemos que la segunda vez lo fue en el que publicaba don Antonio Lugo en La Orotava, titulado «El Campo».

5.—*Los últimos incendios*, artículo publicado en «La Cruz Roja», boletín mensual de dicha organización en La Palma, correspondiente al mes de septiembre de 1902, n.º 5, dedicado a los incendios que devantaban continuamente los montes palmeros.

6.—Artículo sin título, publicado en el número de «Fénix Palmense», de Santa Cruz de La Palma, de fecha 8 de mayo de 1905, dedicado a Cervantes.

7.—*Erbania*, artículo dedicado a Fuerteventura, con motivo de su miseria y sequía, publicado en el único número que salió de «Prensa Palmera», de Santa Cruz de La Palma, en julio de 1909.

8.—Memoria correspondiente al año 1912, de la sociedad «La Cosmológica», de Santa Cruz de La Palma, impresa por dicha sociedad. Consta de 15 págs. en 8º.

9.—Artículo periodístico con motivo del centenario de las Cortes de Cádiz. 1912.

10.—Trabajo leído en la citada sociedad «La Cosmológica», al celebrar ésta el centenario de Viera y Clavijo. 1913.

11.—Ensayo musicológico titulado *Origen y desarrollo de la música española, desde la Edad Antigua hasta los albores de la Edad Moderna*, leído por el autor en el Real Nuevo Club, de Santa Cruz de La Palma, durante las fiestas de las Bellas Artes. 1916.

12.—Discurso en la velada celebrada en su honor por «La Cosmológica», a raíz de la concesión del premio «Agell». 1916.

13.—Artículo sin título publicado en «Diario de Avisos», de Santa Cruz de La Palma, de fecha 10 de junio de 1918, dedicado a don Adolfo Cabrera Pinto y su labor docente.

14.—*Particularidades geográficas e históricas*, artículo publicado en «La Prensa», de Santa Cruz de Tenerife, en su número de fecha 3 de octubre de 1926, dedicado a la isla de La Palma.

II

Cargos, distinciones, honores y condecoraciones

1.—Médico titular e Inspector Municipal de Sanidad del Ayuntamiento de Santa Cruz de La Palma, desde el 24 de septiembre de 1892 hasta el 18 de diciembre de 1933, fecha en que fue jubilado a petición propia.

2.—Con la misma fecha de su jubilación, dicho ayuntamiento acordó dar su nombre a la antigua calle de Jorós, de la capital.

3.—En marzo de 1883 ingresó como socio numerario en la sociedad «La Cosmológica»; y en 12 de enero de 1892, en sesión extraordinaria de dicha sociedad, fue elegido director de Museo de Historia Natural y Etnográfico, cargo que ostentó hasta su muerte.

4.—En diciembre de 1897 fue nombrado Médico suplente de la Estación Sanitaria del Puerto de Santa Cruz de La Palma.

5.—En 1898 se le designó Médico Militar de los batallones de Luchana y Reserva de Canaria núm. 3; y en 1900, del de Cazadores, todos de guarnición en La Palma.

6.—En enero de 1899 fue nombrado director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de Santa Cruz de La Palma, cargo que ostentó hasta su muerte.

7.—Director Facultativo del Cuerpo Médico de la Cruz Roja Española. La Asamblea Suprema le otorgó la Medalla de Oro, y le expidió el correspondiente diploma en 28 de mayo de 1898. La misma Asamblea le concedió el 29 de octubre de 1900 la Medalla Conmemorativa de la Expatriación.

8.—Miembro de Honor de la asociación internacional «I nostri contemporanei», de Roma.

9.—Medalla de Plata de los Sitios de Zaragoza.

10.—Medalla de Bronce conmemorativa del centenario de las Cortes de Cádiz, así como de su Constitución y Sitio.

11.—Don Alfonso XIII le nombra Caballero de la Orden Civil de Alfonso XII. Noviembre de 1919.

12.—Hijo Adoptivo de Santa Cruz de La Palma. 1916.

13.—El Ayuntamiento de Los Llanos da el nombre de «Elias Santos Abreu» a la antigua Plaza Trasera, donde se halla la casa en que nació. 1916.

14.—Socio de Mérito de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de Santa Cruz de La Palma.

15.—Pertenebió a las siguientes entidades: Real Sociedad Española de Historia Natural; Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales; Sociedad Entomológica de España; Museo Canario; Instituto de Estudios Canarios; Socio Fundador de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria; Socio Fundador de la Sociedad Ibérica de Ciencias Naturales, de la que fue Presidente en 1929.

III

DE LA INTRODUCCIÓN A LA MONOGRAFÍA DE LOS TENDIPÉDIDOS

Próximo ya a terminar el estudio del interesante orden de los Dípteros de las Islas Canarias, emprendido por mí, desde hace algunos años, quizás con mayor dosis de voluntad y perseverancia que de fortuna y éxito, muéveme hoy la idea de dar a conocer, siquiera sea por vía de ensayo, alguna de las familias que comprende dicho orden, escogida para ello al azar, hasta que más adelante puedan estos trabajos, ya más completos y meditados, ser objeto de una obra que abarque la posible totalidad de las especies que viven en este Archipiélago, tanto exclusivas de él como comunes a otras regiones del Globo.

Me estimula a ello el hecho de que algunos entomólogos extranjeros que han visitado este hermoso Archipiélago han descrito y publicado muchas especies por ellos recogidas y estudiadas y que resultan nuevas para la Ciencia, mientras que en mis trabajos se encuentran casi todas ellas estudiadas con anterioridad y como es natural descritas con otros nombres, como haré notar oportunamente cuando de ellos se trate y cite las fechas de mis descripciones en las libretas y cuadernos originales que conservo con el nombre de *Apuntes para el estudio de los Dípteros de las Islas Canarias*. Estos datos y detalles resultan en cierto modo dignos de lástima, al considerar que toda esa serie de especies nuevas bien pudieran haber aparecido por primera vez en idioma español y no en revistas y otras diferentes publicaciones científicas del extranjero.

La causa de ello no se me achaca a negligencia, ni a falta de voluntad. Acháquese solamente el relativo aislamiento en que se vive en estas Islas. Lejos de Museos en que se guardan ricas colecciones entomológicas donde poder estudiar con facilidad todas las especies que se desean; lejos de Bibliotecas que poseen todas las Revistas y obras entomológicas indispensables para el conocimiento de la Fauna de las distintas regiones del Globo; lejos de sabios profesores con quienes aprender y a quienes comunicar las incertidumbres y dudas que a cada momento ocurren acerca del lugar que deben ocupar algunos ejemplares de defectuosos caracteres, se hace muy difícil el escribir para su publicación cierta clase de trabajos, sin ir acompañados de algún temor y desconfianza.

Lejos de aquellas fuentes de conocimiento, hácese indispensable la adquisición de obras apropiadas, con preferencia descriptivas; pero como generalmente las descripciones de las obras clásicas adolecen de claridad insuficiente para la determinación exacta de las especies, bien por su extremada concisión, bien por la frecuente omisión de la mayor parte de los caracteres anatómicos, hay que recurrir a toda una larga serie de trabajos esparcidos aquí y allá en Anales, Revistas, Monografías, etc., lo cual supone gastos exorbitantes que sólo pueden hacer aquellas personas que cuentan con suficiente capital.

La importante familia de los *Tendipédidos* ha sido muy poco estudiada en las Islas Canarias. La pequeña talla de la mayor parte de las especies que la componen, la organización sumamente delicada de algunas de ellas, la extremada rareza de otras, hacen que no sea su recolección, preparación y estudio cosa fácil, sencilla y ligera, pues si bien para lo primero se requiere tan sólo curiosidad y esmero, para lo último se hacen indispensables especiales conocimientos, reservados a los grandes Maestros de la Ciencia entomológica.

[Parece ser que los «Apuntes» los comenzó en 1893].

IV

DICTAMEN ACERCA DEL TRABAJO «ENSAYO DE UNA MONOGRAFÍA DE LOS TENDIPÉDIDOS DE LAS ISLAS CANARIAS» CON OPCIÓN AL PREMIO «AGELL»

En cumplimiento del acuerdo de esta Sección 4ª de la Real Academia de Ciencias y Artes, que me fué comunicado en oficio de 28 de enero de 1916, paso al informe de la Memoria titulada «Ensayo de una monografía de los Tendipédidos de las Islas Canarias» que opta al premio Agell y es como sigue:

Empieza el autor con un preámbulo en el que indica estar terminando el estudio del interesante orden de los Dípteros de las Islas Canarias, del que la Monografía de los Tendipédidos se refiere a una familia, escogida al azar entre sus trabajos dipterológicos. Hace muchos años que el autor, según indica, se dedica a esta labor, en la que adelanta lentamente por las grandes dificultades con que tropieza debidas al aislamiento científico en que se vive en las Islas, sin museos, ni bibliotecas para consultar, lo que retrasa considerablemente las publicaciones entomológicas, dándose el caso de que muchos profesores extranjeros han dado a conocer especies recogidas por él con anterioridad y que a pesar de ello fueron descritas previamente en lengua exótica y publicadas en Revistas de Europa.

La pequeña talla de los Tendipédidos, su organización sumamente delicada, la extrema rareza de la mayoría de sus especies, hacen que su recolección, preparación y estudio, ofrezcan grandes dificultades y debido a ello, los entomólogos que con alguna frecuencia han recorrido las Islas en busca de estos insectos, han dado a conocer relativamente poco número de ellos, así es que el profesor Becker, de Berlín, que es quien más ha trabajado en este sentido, no reunió en 1908 más que unas 15 especies de Tendipédidos, 6 de ellas nuevas, mientras que el autor describe en la Memoria de que me voy ocupando, 96 especies, de ellas 53 nuevas para la Ciencia y 34 variedades y un subgénero, nuevos también.

Continúa su trabajo el autor dando una minuciosa descripción de los caracteres generales de la familia, tanto en lo que se refiere al insecto en su estado perfecto, como en lo relativo a las larvas, ninfas y huevecillos.

Las descripciones, tanto de las especies conocidas como de las nuevas, son precisas y detalladas, ajustándose en todo a las prescripciones clásicas con buenos diagnósticos diferenciales.

Establece claves dicotómicas, por lo que se llega fácilmente desde la familia a las subfamilias, géneros, especies y variedades.

Cultiva el autor con singular esmero el análisis de las sinonimias, así como las citas bibliográficas, que son numerosas, completas y exactas, pues muchas de ellas las he podido comprobar.

Finalmente está adornado el opúsculo con 2 láminas que contienen en suma 13 figuras dibujadas y pintadas a mano, representativas de otras tantas especies.

Como quiera que la Memoria, que consta de 503 cuartillas, está desarrollada de una manera magistral, que indica en el autor, a pesar de su modestia, un hábito

inveterado en esta clase de trabajos, no titubeo en informar que no sólo es merecedora del premio Agell por reunir todas las condiciones requeridas, sino que recomiendo su publicación por la Real Academia de Ciencias y Artes.

Dios guarde a V. S. muchos años.—Barcelona 14 de abril de 1916.—José MARÍA BOFILL.

Aprobado en Junta General de 26 de junio de 1916.—El Secretario general.—ARTURO BOFILL Y POCH.

«Boletín de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona», Tercera Época, Enero de 1917, Vol. IV, Núm. 1. Págs. 44-45.